

Goyesca de diciembre

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

A diciembre le brotan —no sabemos de dónde— transeúntes y juguetes. Gentes que no volveremos a ver, ni siquiera en el próximo diciembre. A ese señor, parsimonioso y gordo, con una ceja visiblemente más levantada que la otra, con el abrigo desplegado y un gusto regalón en las mejillas, le gusta mucho este último mes del año. Se detiene ante las vitrinas —en especial las vitrinas con un pollo acróbata sobre una parrilla de mentirijillas— y luego se palpa, como una fruta bien madura, colosal y madura, su vientre esplendoroso. Primero su vientre. Detrás de él. Se siente satisfecho y seguro. No le importa, absolutamente una higa, la niña de tres golosinas en el delantal o el aro abandonado de ese infante que ya no podrá ver ni contar, uno a uno en sus bajelitos de nubes, los ángeles de diciembre. Porque el mendigo puede quedarse con su llaga y hacer con ella lo que le plazca. O taparla pudorosamente con un lienzo o exhibirla —roja y desafiante— sobre su muñón. El señor gordo podrá, incluso, encontrar algún deleite en su contemplación. Hay llagas que parecen joyas. Fulgen sobre la carne con una palpación iridiscente. Y el mendigo, el auténtico, tiene que ser un hombre orgulloso de sus lacras. Lo contra-

rio es salirse del juego. Cualquiera puede hacerlo. Pero al señor obeso le interesan, si algo puede realmente interesarle, los pordioseros auténticos. Por eso no le dedica una sola ráfaga visual a esos ciegos que se ponen gafas oscuras como si fuesen antifaces. Le interesan esas cuencas llenas de polvo. Donde nunca hubo pupilas. Cuencas de revés. De epitelio desecado. Le gustan mucho esas cuencas al señor de espléndida suculencia abdominal. Por lo demás él sabe que diciembre no es otra cosa que una multitud amarilla que no tiene rumbo y una avenida de vitrinas atestadas de títeres perfectamente convencidos de que se parecen a Papá Noel. La niña de la muñeca de bucles de paja, que dice papá y mamá con una voz de duende amortiguada por un pañuelo nocturno, se detiene un instante en la mitad de la vía y dice, con su voz humana: papá y mamá. Se siente perdida, horriblemente sola, con ese pedazo de caucho que no puede volver de lado porque la remedará implacablemente. Esa niña se bebe, humedecidos por las lágrimas, los haces de luz eléctrica. Y se quejará de dolor de oídos con los claxons veloces. Es hora de meditar un poco. De sentarse en la primera acera y quedarse contemplando, hasta volverlos

una ecuación musical, los zapatos y las medias. Es hora de arrepentirse de todo lo que no hemos tenido oportunidad de cometer. De esos delitos anónimos que bullen en la sangre como leucocitos. De gritar, riñones adentro, de gritar duro y rotundo. Hasta cuando podamos oírnos completamente a nosotros mismos. Allí en ese lugar espeso, a donde nunca hemos podido arribar definitivamente. Esta es la hora. Con vitrinas y todo. Con automóviles. Con niñas perdidas en el centro de la vía que musitan papá y mamá. Y una tía de entrañas borrosas detrás de su paraguas que no quiere seguir, un segundo más, siendo una tía solterona y remendándole calcetines al primo hermano de nuestro padre. Diciembre de áureo polvillo sobre los sombreros. Sucio de ruidos, de piticos de pata de gallina, de corbatines de cuatro lazos, de bigotes danzando sobre el bolo alimenticio de quienes se paran, en seco, a esperar el aguinaldo de

un taxi. Por la noche seremos definitivamente niños. Niños con niño Dios de cabecera. Con una media larga colgada sobre la percha. Junto al traje con el cual nos rociamos de agua bendita después de visitar una casa de números pares en una callejuela inventada por la tarjeta de direcciones clandestinas. Diciembre, mi diciembre, mi víspera de otro enero virginal. Quisiera tenerte, todo entero, al pie de un almanaque. Arrancándote, hoja por hoja, tus propias horas y tus días. Porque yo he visto a un señor barrigón, de grato chasquido en las encías, que se deleita —creyéndolas joyas— con las pústulas de los revendedores de carroña viviente. Tal vez ha hecho un trato con alguno de ellos. Y se ha llevado un rubí engastado en un miembro purulento. Porque diciembre era un correr de instintos y rumores y luces y pensamientos absurdos sobre la ciudad.